

# LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

→ BARCELONA 10 DE DICIEMBRE DE 1888 ←

NÚM. 363

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BELLAS ARTES



LA VIUDA, grupo escultórico de Ernesto Bazzaro (Premio del príncipe Humberto en la última Exposición de Milán)



## IV

El 27 de setiembre de 1519, después de haber prestado el debido pleito-homenaje, Fernando Magallanes al gobernalle de la *Trinidad*, pasó la barra en Sanlúcar seguido de los otros cuatro bajeles de su pequeña armada.

Sin contratiemponotable arribaron á la costa del Brasil los cinco barcos, y á fines de noviembre del mismo año descendieron á medio trapo reconociendo todas las ensenadas del litoral en anhelo de encontrar en cada recodo de la costa el estrecho ó paso de un mar á otro, objeto de la expedición.

En este reconocimiento hubieron de emplear hasta el último de marzo de 1520 fecha en que dió fondo la flota en la bahía de San Julián, abierta en la costa de Patagonia, habiendo perdido en la travesía el *Santiago*, y casi la esperanza de encontrar el paso que con tanto afán buscaban, cuando ya lo tenían, por decirlo así, al alcance de la mano.

Solamente los corazones bien templados pueden resistir sin desmayo los contratiempos de la fortuna adversa, y apenas de cada cien hombres juntos para una grande empresa hay uno con alientos para pasar por esta prueba, á que está sujeto el triunfo.

Cansados ya de navegar á la ventura por mares desconocidos, y aun de no navegar en aquella tierra estéril; arrepentidos de su heroico arrojo y de su confianza en un temerario aventurero; sin fe en una expedición cuya gloria se había desvanecido; sin el estímulo del pundonor que da la responsabilidad de un empeño, casi todos los compañeros del héroe miraban atrás con despecho recordando las alegres playas de la patria.

Magallanes que notó esta mala disposición de los ánimos dió entrada en el suyo á la desconfianza y se rodeó de los portugueses que llevaba á su servicio, sin curarse de los celos ó rencores que pudiera engendrar en los castellanos esta depresiva preferencia.

Ardía mucho fuego de enojo cerca de Santa Bárbara y había que mojar la pólvora para que no estallara. Magallanes no quiso nunca mojarla, y estalló á la boca del estrecho, que era el hallazgo apetecido y el glorioso triunfo de la expedición.

Sin embargo se bastó á sí mismo con su habilidad y energía, para reducir á los rebeldes, los cuales tuvieron que rendirse á discreción.

En su virtud, el capitán Quesada fué colgado de una entena, y abandonado en la árida é inhospitalaria costa de Patagonia Juan de Cartagena, con un capellán que había alentado la conspiración.

Aunque no del todo aplacado el enojo del almirante, tuvo que ser generoso con los demás rebeldes, porque eran muchos para suprimirlos de una tripulación, escasa ya de suyo, y los ganó á su devoción con su aparente clemencia.

## V

Luego que Magallanes restableció la disciplina y reparó las averías de sus barcos, tomándose todo el tiempo necesario, dió orden de hacerse á la vela y continuó su viaje en busca del paso ó estrecho, objeto de la expedición.

El estrecho estaba allí á mano y dió con él al fin, embocándolo con tanta dificultad y tal peligro, que uno de los pilotos hubo de representarle la temeridad de pasar adelante y la conveniencia de volver á España, una vez hecho el descubrimiento apetecido, dejando para otra armada más fuerte el empeño de pasar al mar del Sur.

Saltó Magallanes de la banqueta de popa al oír la representación del piloto, á quien por ser portugués no volteó á la mar en su grande indignación; pero conminó con pena de la vida al que hablara de regreso, y mandó lue-

go adelantarse al *San Antonio*, barco que guiaba el mismo piloto, no tanto para descubrir y avisar la salida del estrecho como para no dejarlo atrás desconfiando ya de su lealtad.

Y no sin razón desconfió del piloto, pues desviando éste su nave del rumbo de las otras, púsose en connivencia con los marineros, no menos descontentos que él, hirió al capitán Mezquita, á quien aseguró, y virando en redondo, tomó la rota de España y arribó á Sanlúcar en días de mayo de 1521.

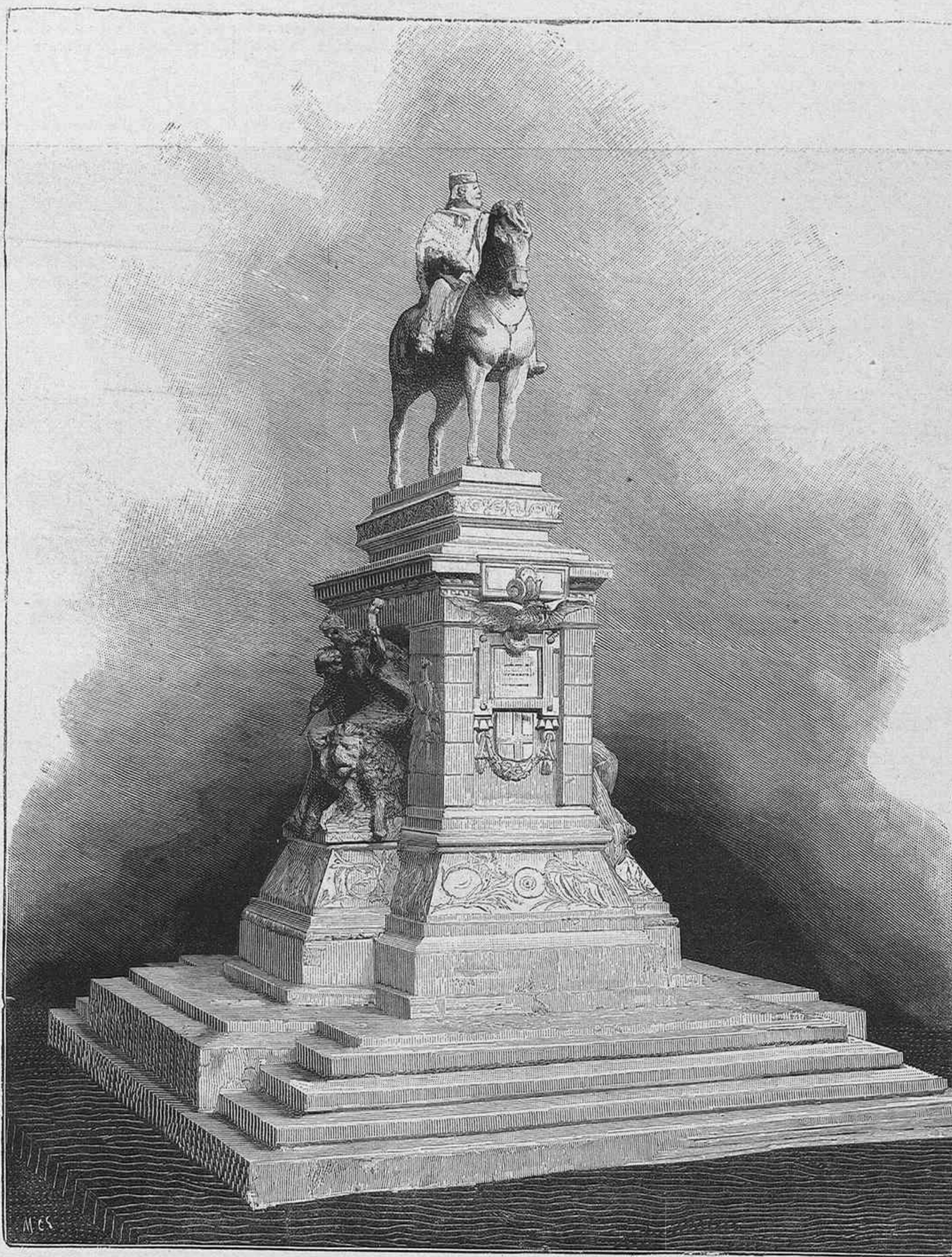
Grande fué la indignación de Magallanes al saber esta traición, y subía de punto considerando que allí iban casi todos los portugueses, que había llevado consigo, dándoles honra y provecho, que al fin no merecían.

Con esta defección que reducía ya á tres malos barcos los de su flota, y en proporción, sus fuerzas y hasta su autoridad, tuvo que perder de su derecho y allanarse, y pedir consejo á los castellanos para seguir ó no seguir la expedición.

Por fortuna encontró apoyo en el piloto de la *Victoria*, Andrés Martín, el cual, con muy buen sentido y picando el amor propio de todos, sostuvo que, habiendo hecho lo más, era cobardía y necedad no hacer lo menos.

Con esto y una arenga de Magallanes lisonjeando el valor de los castellanos y representándoles la gloria que les esperaba al término de la expedición, quedó decidida la continuación de la campaña, y el 27 de noviembre salieron del estrecho y desembocaron en el mar Pacífico.

Este paso ó estrecho, que lleva el nombre de Magallanes por haberlo descubierto este ilustre cuanto audaz marino, es el brazo de mar que separa la Patagonia, al extremo S. de la América Meridional, de la Tierra de Fuego, por 52° 46' latitud S. y 70° 38' 77" 14' longitud O. teniendo de largo unos 500 kilómetros y una anchura que varía entre 60 y 2.



EL MONUMENTO Á GARIBALDI EN MILÁN  
Proyectado por los escultores Hector Ximenes y Augusto Guidini (Proyecto premiado)

## VI

Los viejos y pequeños barcos de la flota de Magallanes fueron las primeras quillas que surcaron aquel pavoroso mar siempre revuelto y agitado por el furor que engendran las tormentas, y sólo por antifrasis llamado *Pacífico*.

Perdidos en aquella soledad de agua, ya verde, ya cenicienta, pocas veces azul, descubrieron los temerarios nautas un grupo de islas, que llamaron ellos de los *Ladrones* y nosotros llamamos las Marianas, y otro grupo más adelante, que llamaron *San Lázaro* y forma parte del archipiélago filipino.

Echaron áncoras en una ensenada de la isla de Zebú con ánimo de descansar de tantas fatigas pasadas y recobrar fuerzas para las que habían de pasar aún, y fueron recibidos por el rey de aquel país con benevolencia más aparente que real.

Para acabar de granjearse su voluntad, que podía serle de gran cuenta, así para refrescar víveres, como para adquirir datos y noticias, tomó en mal hora Magallanes el empeño de prestarle ayuda en la guerra que sostenía el de Zebú con otro príncipe vecino.

Altas miras se propuso ciertamente; pero fué una imprudencia que le costó la vida. Nunca debe un caudillo arriesgarse á perderla: el cálculo estratégico hace más que la espada. Ni la amistad del régulo valía tanto como la conservación de la escasa gente que restaba para el feliz acabamiento de tan gloriosa empresa.

Así acabó el gran Magallanes: herido, primero, á flechazos y rematado luego á pedradas en una lucha sin gloria.

Verdad es que ya la había ganado de sobra para dejar su nombre escrito con letras de oro en los fastos de la inmortalidad, habiendo descubierto el paso de *Todos los Santos*, como llamó él al famoso estrecho que nosotros en su memoria y honor llamamos de *Magallanes*.

Muerto el insigne marino, jefe de la expedición, nombraron los expedicionarios, para sustituirlo, al portugués Duarte Barbosa, marino á quien faltaban muchas prendas de carácter, el don de consejo y la virtud de la prudencia para desempeñar dignamente el cargo de general que se le confiaba.

El rey de Zebú, cuya benevolencia para con los marineros era antes bien cálculo interesado de temor, que hospitalaria generosidad, luego que vió muerto al jefe de la expedición y tan menguadas sus fuerzas, hubo de imaginar un pérfido proyecto para deshacerse fácilmente de tan molestos huéspedes.

Con este mal propósito, invitó á un banquete en su misma real casa á todos los marineros de la escuadra surta en la ensenada.

Obligado por su cargo á tener prudencia por todos, Duarte Barbosa ni la tuvo por sí mismo y se aprestó á concurrir al convite.

— No vaya vuestra merced, — le aconsejó Elcano, que estaba postrado en cama, muy doliente.

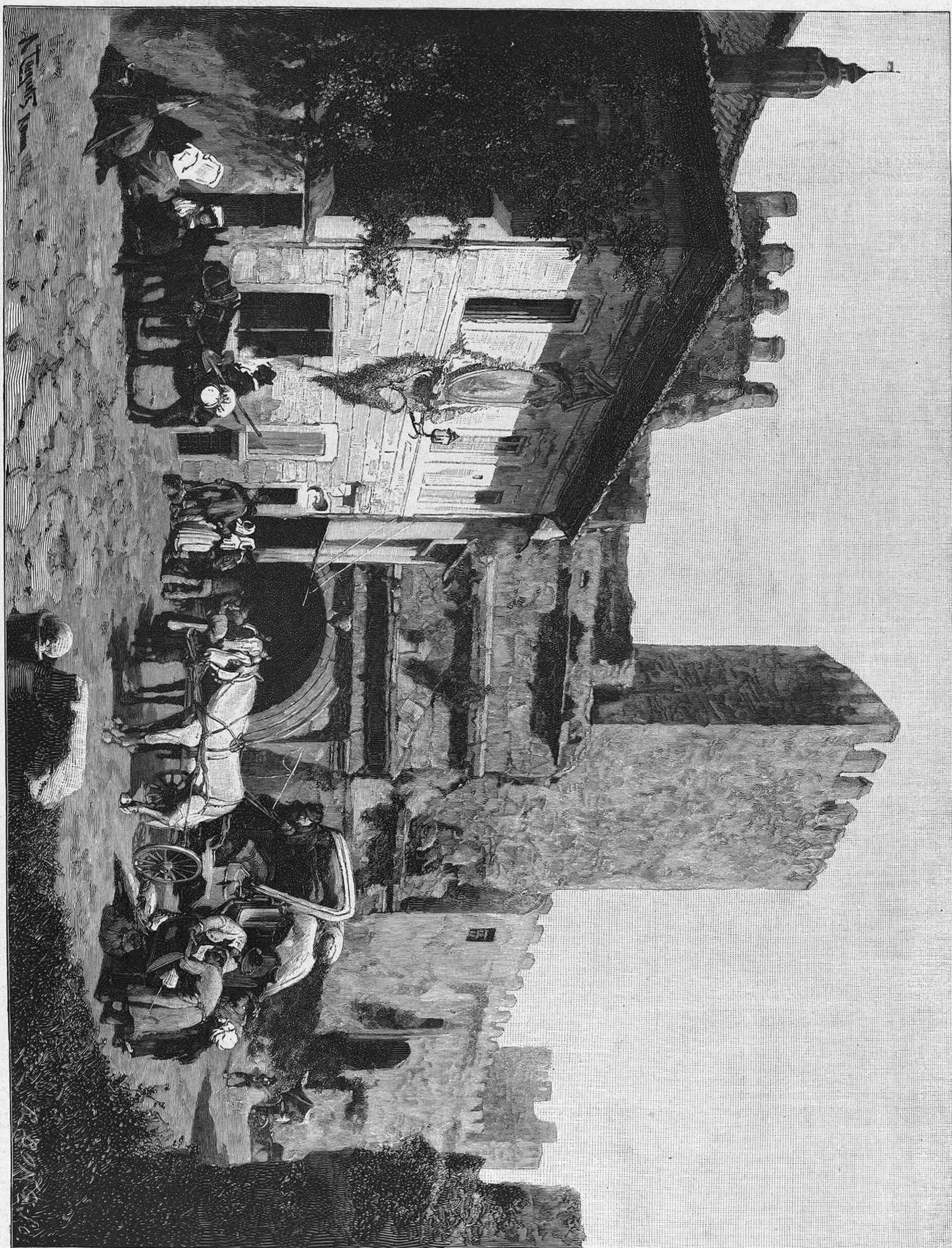
— Aunque fueran otros, — añadió Juan Carvalho, — vuestra señoría no debiera ir.

Y lo mismo le aconsejaron Gonzalo Gómez, Juan Poncevera y algunos otros.

Duarte fué, sin embargo, acompañado de veintiocho hombres más, sin desconfianza ninguna. Pero cuando más confiados estaban á la mesa del banquete, cayeron sobre ellos otros tantos sicarios á una señal del reyzeuelo; y heridos por las espaldas, allí quedaron muertos los veintinueve marineros.

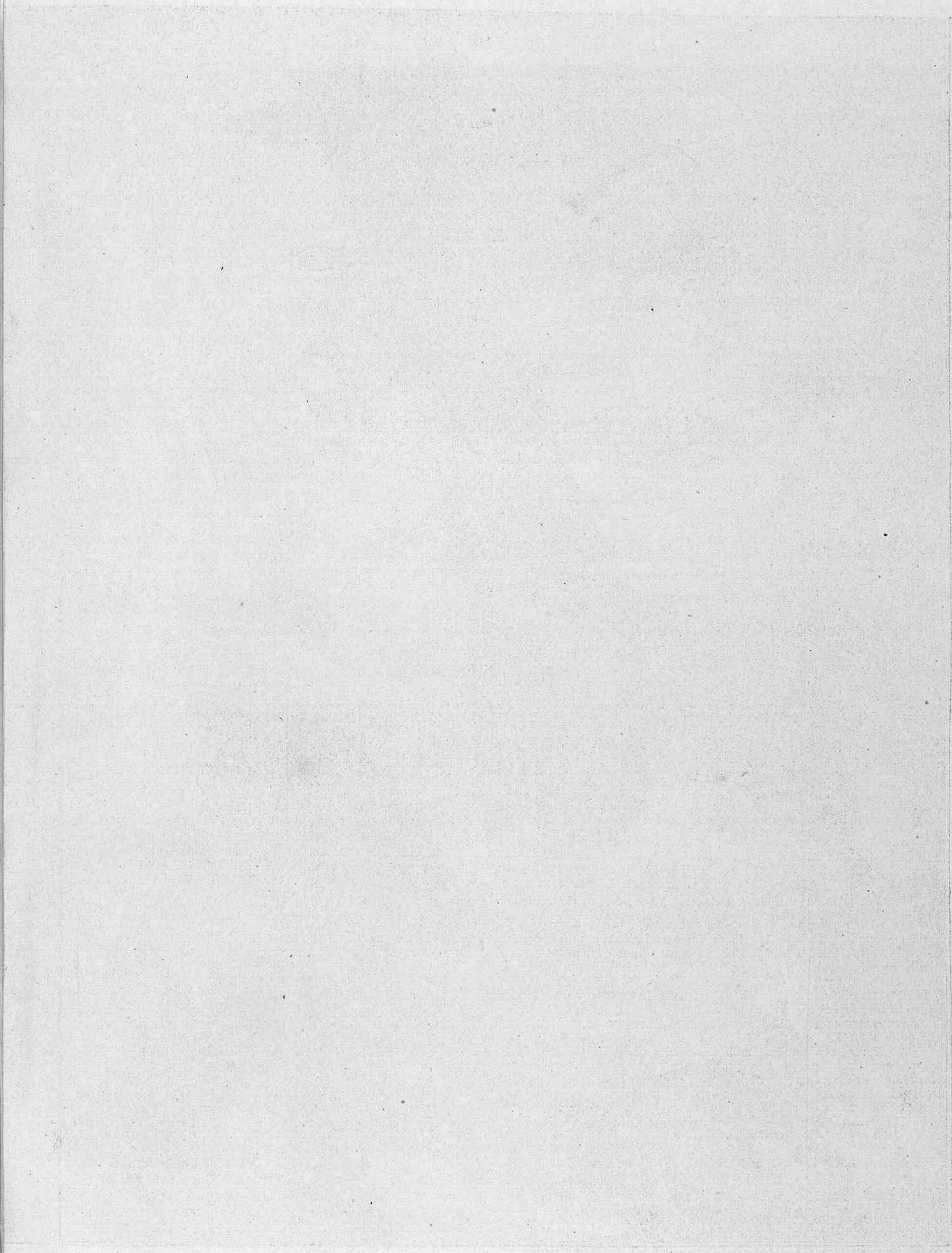
## VII

Tras tantos contratiempos y desgracias, vino á quedar tan reducida la gente de la expedición, que apenas bastaba para el servicio de á bordo. Descontando los deser-



LA PUERTA DE SAN LORENZO EN ROMA, cuadro de R. Tusquets

0111111103

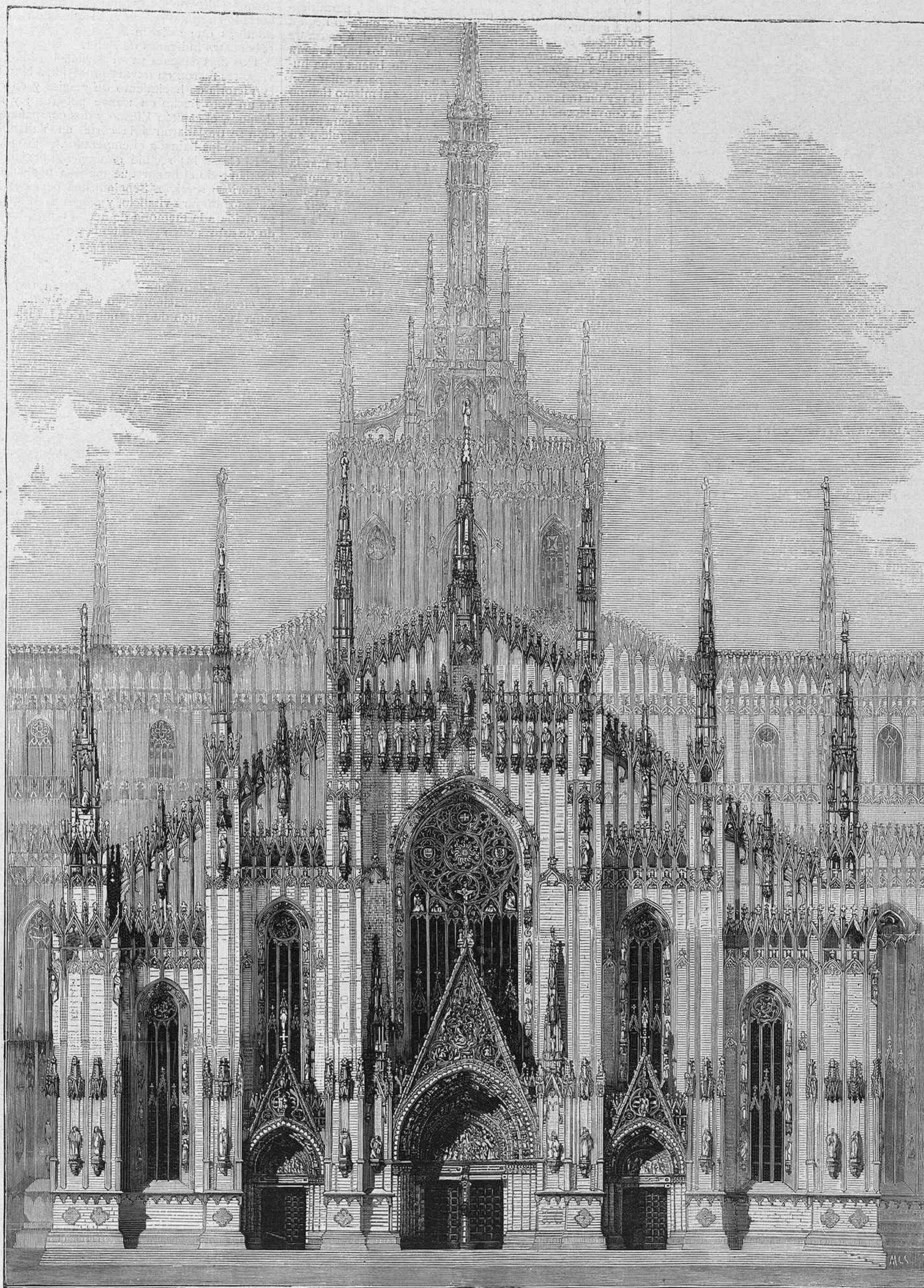


MANUSCRIPT



MANDOLINATA, CUADRO DE CONRADO KIESEL, GRABADO POR R. BONG  
(SEGÚN FOTOGRAFÍA DE FRANZ HANFSTAENGL, DE MUNICH)





LA NUEVA FACHADA DE LA CATEDRAL DE MILÁN, proyecto del arquitecto José Brentano





ADELINA PATTI-NICOLINI

tores del fugitivo *San Antonio*, los castigados á consecuencia de la rebelión, los ocho muertos, sin contar los veintisiete heridos de la refriega de Mactán, en que pereció Magallanes, y los veintinueve asesinados en el banquete, sólo quedaban ya á vida setenta y cuatro hombres de los doscientos cuarenta que salieron de Sevilla.

Por eso, con no mal acuerdo, el piloto de la *Concepción* Juan Carvalho, que reemplazó en el mando á Duarte Barbosa, mandó quemar su nave, que era la más averiada, y repartir entre las dos restantes los efectos útiles de la *Concepción* y los 74 hombres.

Y así continuaron su odisea, arribando á Borneo, donde todavía perdieron algunos hombres más, también por la perfidia de los indígenas.

No era tampoco el portugués Carvalho hombre de condiciones para el mando, en cuyo ejercicio hubo de dementir la aptitud que se le había presupuesto; sólo tenía buen deseo, pero esto no bastaba para dirigir felizmente la expedición á través de tantos peligros. Con esto cundía la murmuración á bordo de ambas naves entre los mismos que le habían conferido el mando en jefe: hasta que convinieron de común acuerdo en destituirlo buenamente poniendo en su lugar á Gonzalo Gómez de Espinosa, á la vez que nombraron para el mando de la *Victoria* á Juan Sebastián Elcano.

Estos dos capitanes, con el experto maestre Juan de Poncevera, formaron por el mismo voto de la gente una especie de consejo con autoridad suprema para tratar de todos los asuntos é intereses de la expedición.

Este consejo resolvió entonces hacer rumbo al Maluco, y en esta travesía hicieron escala en las islas de Joló y de la Especiería, no sin dificultades y contingencias suscita-

das por los indígenas, que les salían al encuentro en sus ligeras canoas, animados de un espíritu de odio y hostilidad.

En este país fueron honrosamente acogidos por el rey de Tidor, que no desconociendo las ventajas del comercio con los europeos, quiso enviar ricos presentes al emperador Carlos V, para granjearse su amistad, permitiendo á sus huéspedes cargar especiería fina, cuando llegó á noticia de éstos el enojo del rey de Portugal, á causa de aquella expedición, y el envío de armados bajeles para cortarles el paso; y con esto, aunque de buena gana hubieran prolongado su estancia en el país para sellar con el rey un tratado de amistad y favorecer al mismo tiempo la convalecencia de los enfermos, hubieron de acordar que mientras reparaba sus averías la *Trinidad* para partir por Oriente en demanda de Nueva España, siguiera su viaje la *Victoria* con rumbo al Occidente.

El día 21 de diciembre de 1521 se hacía á la mar la *Victoria* al mando de Elcano, separándose así los compañeros de tantos peligros y fatigas, con lágrimas en los ojos. ¿Quién hubiera podido decir si se volverían á ver?

No era ya desconocido el derrotero que habían de seguir las naves, cada cual en su rumbo y opuesta dirección; pero aun había que correr muchos peligros, en el estrecho de Magallanes por un lado, en el cabo de las *Tormentas* por otro, y por todos, los cruceros de los audaces hijos de Lusitania, émulo de Vasco de Gama, que no se darían punto de reposo para cortarles el paso y la garganta quizá.

Pero al fin se consolaron unos y otros, poniendo, como buenos cristianos, sus destinos y esperanzas en la Estrella de los mares, patrona de los nautas y abogada de los desamparados.

Y allá va la pobre nave á merced de las olas y los vientos con las gloriosas reliquias de la expedición. ¡Dios la lleve á buen salvamento!

## VIII

En esta travesía, último esfuerzo hecho en tan heroica odisea, tan larga como penosa, surcó la *Victoria* el mar Indico por los 35° de latitud S., y doblando, en fin, el cabo de las *Tormentas*, mejor que de *Buena Esperanza*, pues hubieron de perderla en paso tan peligroso, arribaron por milagro de Dios á las islas de *Cabo Verde*, habiendo perecido en la demanda hasta veintiocho hombres de los sesenta que salieron de Tidor, incluso trece indígenas.

En la necesidad de reparar averías y refrescar víveres, tan luego como echaron áncoras, saltó en tierra el contramaestre con doce marineros, obediendo órdenes del capitán Elcano; pero no bien hubieron abandonado el esquiife, cuando fueron presos por mandado del gobernador de Santiago, cuyo atropello, contrario á toda noción de derecho natural y de gentes, no paró aquí para mayor contratiempo, pues todavía intentó apoderarse de la *Victoria*.

Pero apercebido Elcano á tiempo de las injustas miras de tan violenta autoridad, levó otra vez áncoras y se hizo á la mar, resignándose á la pérdida de aquellos hombres. Por fin, después de grandes trabajos y peligros, corridos

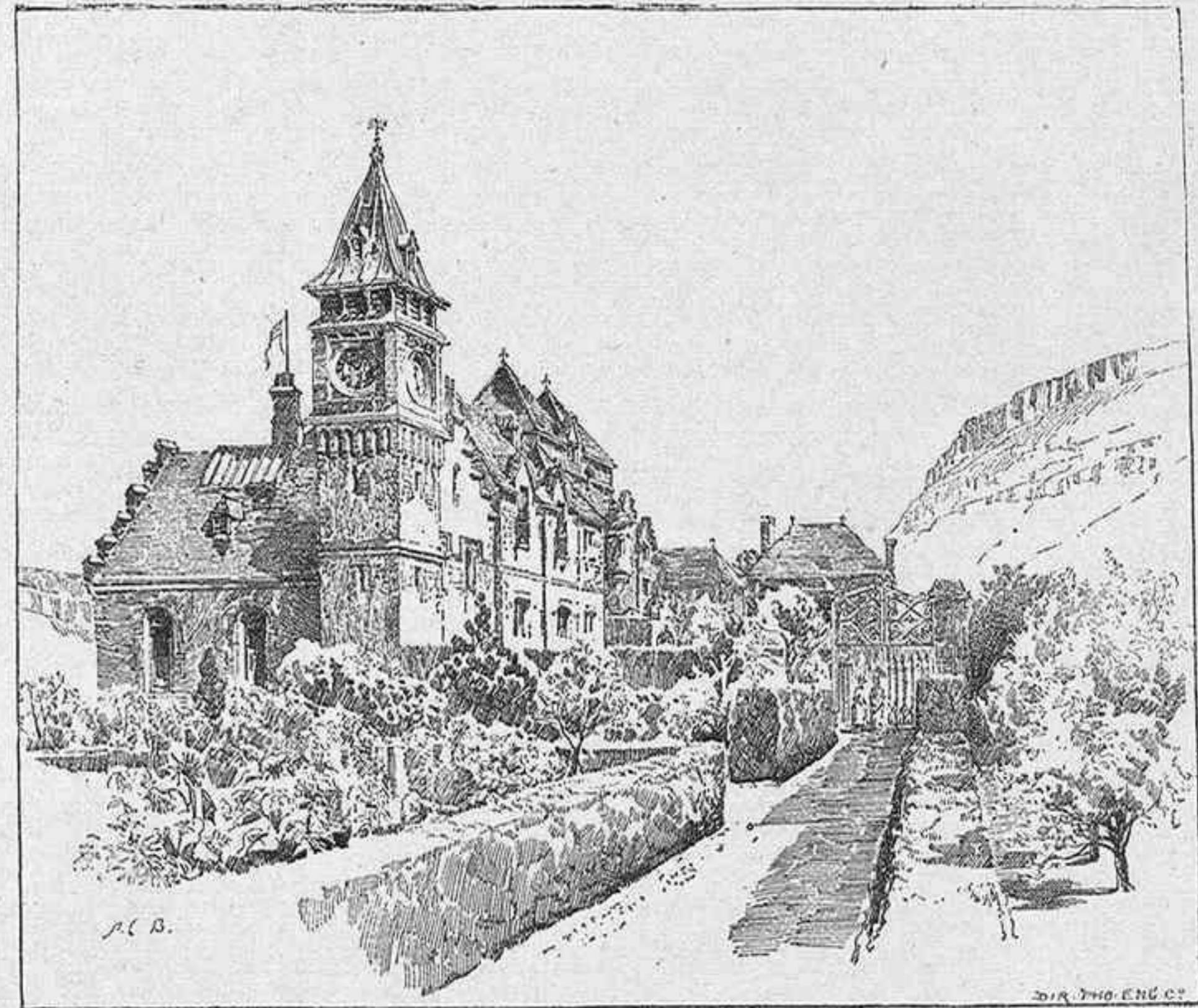
sobre aquel armazón de viejas y quebrantadas tablas que apenas se sostenían juntas en medio del oleaje que más y más las quebrantaba y desunía, orgullosa de sus heridas, triunfante con sus despojos y cargada de gloria, sino de plata ni oro, entró la *Victoria* en el puerto de Sanlúcar el día 6 de setiembre de 1522, á los tres años menos 4 días de haber salido del mismo punto, habiendo cortado su quilla *catorce* mil leguas de agua. De los 240 hombres que salieron á la expedición sólo volvían 17, más cuatro indígenas de Tidor.

Dos días después ya en Sevilla, los heroicos circunnavegantes fueron en devota procesión á Nuestra Señora de la Victoria en hacimiento de gracias y en cumplimiento de un voto hecho en trance peligroso; y algún tiempo después, el capitán Elcano y dos compañeros de expedición se trasladaron á la corte, en Valladolid entonces, á donde los llamaba el emperador.

El César los recibió dignamente haciendo á Juan Sebastián todo el honor que merecía por su extraordinario y glorioso servicio. Señalóle una pensión de quinientos ducados de juro vitalicio, y para que en la posteridad no se olvidara la memoria de hecho tan heroico, dióle escudo de armas cuyo yelmo tenía por cimera un globo terráqueo con este lema: *Primus me circumdedisti*.

## IX

Con los datos que Juan Sebastián trajera de su viaje de circunnavegación, hubo de resolverse en favor de España la cuestión de pertenencia de las islas Molucas, que



EL CASTILLO DE CRAIG-Y-NOS, RESIDENCIA DE ADELINA PATTI

poseían los portugueses, y el emperador trataba de tomar posesión de ellas, con cuyo objeto mandó preparar otra armada de más poder en la Coruña. Constaba ésta de siete bajeles mayores y más fuertes que las naves de la primera expedición, y de 450 hombres de dotación, incluso algunos nobles, que ansiosos de gloria y fama se alistaron voluntariamente. Y todo bien dispuesto, á los tres años escasos, se dió el mando superior al general D. García Lope de Loaisa, y como garantía de buen éxito, se nombró capitán del *Sancti Spiritus* á Elcano, con el cargo de piloto mayor y la investidura de segundo de la armada, como el único marino que á su conocimiento de la náutica reunía la experiencia ó práctica de los ignotos derroteros que habían de seguirse en aquella segunda expedición.

El 24 de julio de 1525 hízose á la mar la flota compuesta de la *Victoria*, *Sancti Spiritus*, *Anunciada*, *Santa María del Parral*, *San Lesmes*, *San Gabriel* y *Santiago*, y pasada sin accidente notable la línea equinoccial, fondó en la isla de San Mateo á los 2° 30' latitud S.

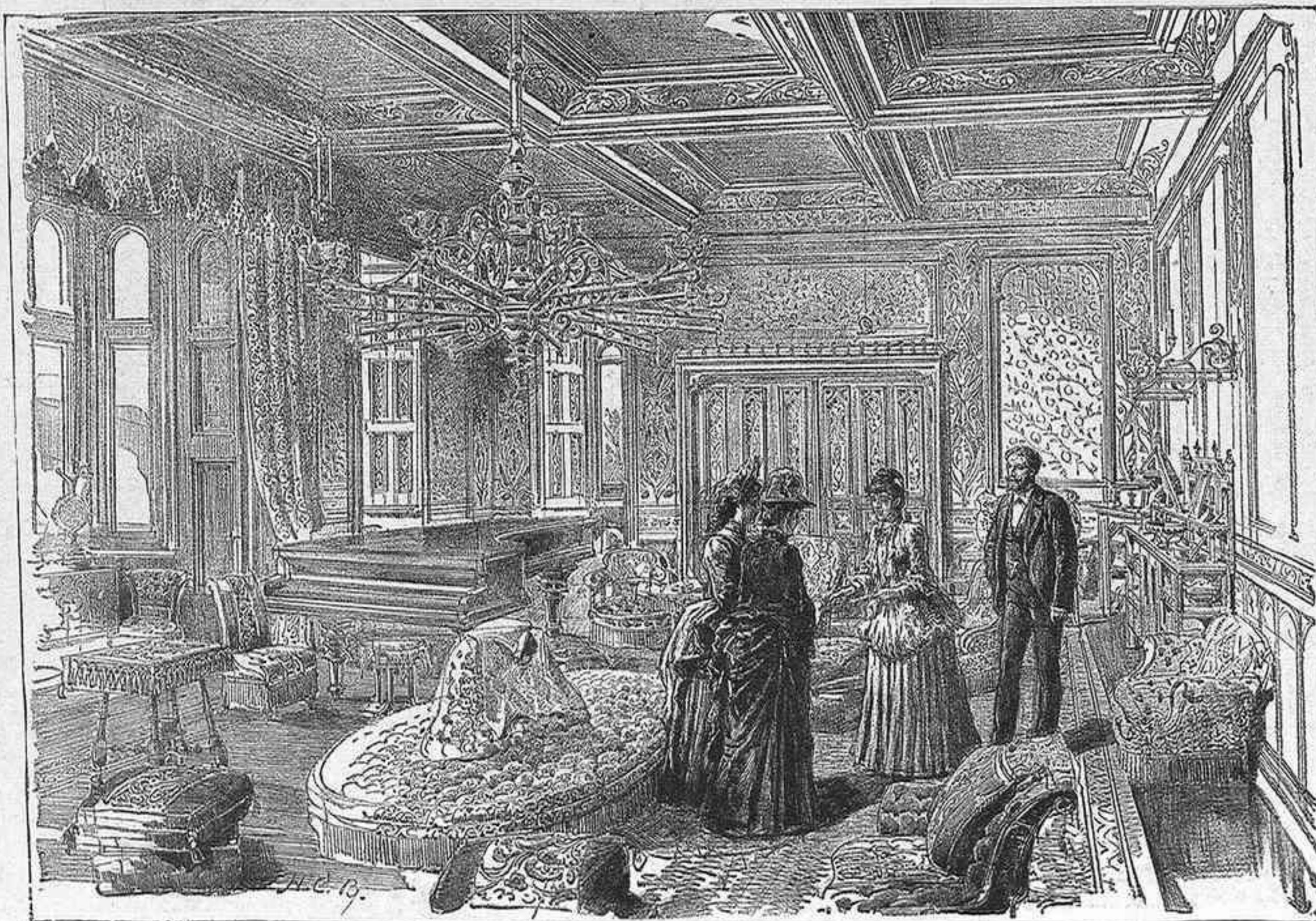
Con la esperanza segura de realizar su misión llegando felizmente á su destino, pues iba allí Juan Sebastián, el argonauta, como piloto mayor, siguieron los expedicionarios su rumbo en demanda del paso de Magallanes. Pero no siempre responden á risueñas esperanzas los arcanos decretos de la suerte; y esta expedición, con tener más recursos, poder y garantías que la anterior, había de ser desastrosa.

Antes de dar con la boca del estrecho hubo de estallar un temporal formidable que separó las naves, corriendo unas hacia el Sur, encallando otras en la playa y estrellándose alguna contra las rocas, como sucedió al *Sancti Spiritus*, con ser la nave del piloto mayor.

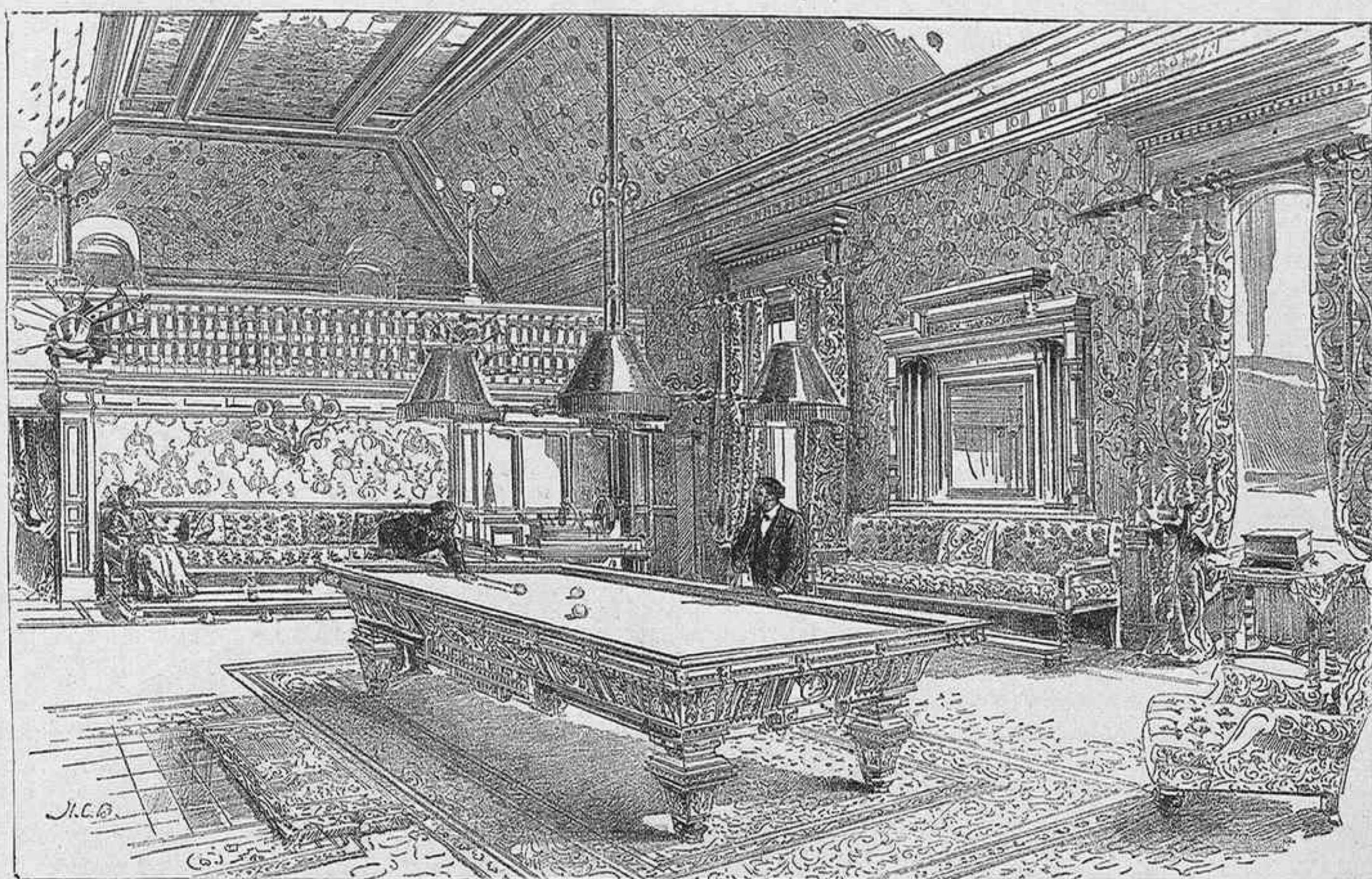
Aquí perecieron nueve hombres, y Elcano con los demás naufragos se acogieron á bordo de la *Anunciada*, ni sanos por el quebrantamiento de cuerpo y alma, sufrido en el naufragio, ni salvos por el inminente peligro de otra más funesta catástrofe.

Por fin pudo reunir otra vez la maltratada escuadra en la bahía Victoria, de donde ya repuesta y pasado el temporal se hicieron á la mar de nuevo.

Después de muchos peligros y no pocos trabajos y afa-nes, desembocaron los audaces nautas el estrecho, donde hierven siempre las aguas engendrando tempestades, y entraron en el mar Pacífico; pacífico por retórica figura,



SALÓN DEL PIANO EN EL CASTILLO DE CRAIG-Y-NOS



SALÓN DE BILLAR EN EL CASTILLO DE CRAIG-Y-NOS

pues continuaron las tormentas, peligros y afanes, dispersándose otra vez la escuadra.

Los restos de ella cortaron el Ecuador el 26 de junio, y el 30 del mes siguiente, hallándose perdida en la soledad de los mares la nave capitana, haciendo agua por todas las juntas de sus tablas, con escasos víveres para la gente, enferma toda ó quebrantada de fatiga, con sus dos jefes enfermos también y afligidos y desesperados de tantos males sin posible remedio, el general García Lope crispó los puños sobre su frente, y mirando al inclemente cielo, cerrado de tempestuosas nubes, dió un recio suspiro y murió.

Abriéronse entonces los pliegos reservados del emperador, escritos en previsión de este caso, y en cumplimiento de la imperial voluntad fué reconocido Juan Sebastián Elcano por capitán general de la armada expedicionaria.

Pero el célebre marino no podía ya ejercer las altas funciones de su honroso cargo en la armada, porque ni había ya armada, ni le restaba ya á él aliento de vida.

En efecto, postrado por la enfermedad, hija cruel de la fatiga y el dolor, entristecido por tantas desgracias y miserias y despechado de ver desvanecida como vano humo la gloria de esta otra expedición, siguió al almirante á mejor vida, pudiendo apenas sobrevivirle cinco días, pues murió el 4 de agosto. Así acabó Juan Sebastián del Cano.

Pero bastará siempre á la gloria de su nombre y de la marina española, el recuerdo de su primera y heroica expedición.

Elcano fué el primer marino que dió la vuelta al mundo.

*Primus me circumdedisti.*

FEDERICO VALCARCEL

**LA NOVIA DE MI AMIGO**

- ¡Carlos!  
- ¡Chico!

Estas dos exclamaciones lanzamos simultáneamente

mi amigo Carlos y yo, - ó yo y mi amigo Carlos, como decían acaso con menos urbanidad, pero desde luego con más franqueza los antiguos, - digo que esas dos exclamaciones lanzamos casi al mismo tiempo Carlos y yo al encontrarnos frente á frente en uno de los arrecifes del paseo de Recoletos: á la exclamación de sorpresa y de alegría siguieron los abrazos de cariño fraternal, á los abrazos la siguiente conversación que pondrá á Vds. al corriente de varias cosas.

- ¡Cuánto tiempo sin vernos!

- Cinco años: digo, me parece... Eso es, justo, cinco años hará el mes que viene.

- Desde que abandoné el servicio.

- Dichosos y bienaventurados los que pueden abandonar ciertas cosas y sobre todo ciertos servicios.

- Supongo que almorzaremos juntos...

- Muy buen supuesto.

- ¿Adónde vamos? ¿A Fornos? ¿Al Inglés? - Yo soy, puede decirse, forastero en Madrid y he perdido la brújula: ya no sé, - como sabía antes, - dónde se almuerza, ni dónde se come, ni dónde...

- Por hoy no hay necesidad de que sepas nada: te llevo á mi casa.

- ¿Pero tú no vives ya en la fonda?

- No: ya verás y ya sabrás algo que te causará placer y asombro juntamente. Pero ahora calla y sígueme.

Y callé y le seguí porque, á fuer de militar amante de la disciplina, era yo por entonces obediente como colegial. Pocos minutos después penetrábamos Carlos y yo en un hotel (y la Academia me perdona; pero así lo nombran las gentes) que según Carlos me explicó era suyo y en el que tapiceros, ebanistas y otros operarios trabajaban afanosamente á lo que pude ver cuando atravesábamos las primeras habitaciones.

Cuando hubimos llegado al despacho de Carlos, éste dió órdenes para que lo más pronto posible nos preparasen el almuerzo y entre tanto, á fin de esperar con menos impaciencia, mandó que nos sirviesen un Jerez, que según me advirtió me había de gustar (y me gustó efectivamente) y unos tabacos que fueron también muy de mi agrado.

Mientras los criados iban en busca del Jerez, Carlos tomó mi brazo y comenzamos á pasear por su espacioso y elegante despacho continuando nuestra conversación.

- Ya lo ves, querido, estamos instalándonos.

- ¿Estamos?

- Sí; estamos: voy á casarme.

- Me lo había figurado: ¿cuándo es la boda?

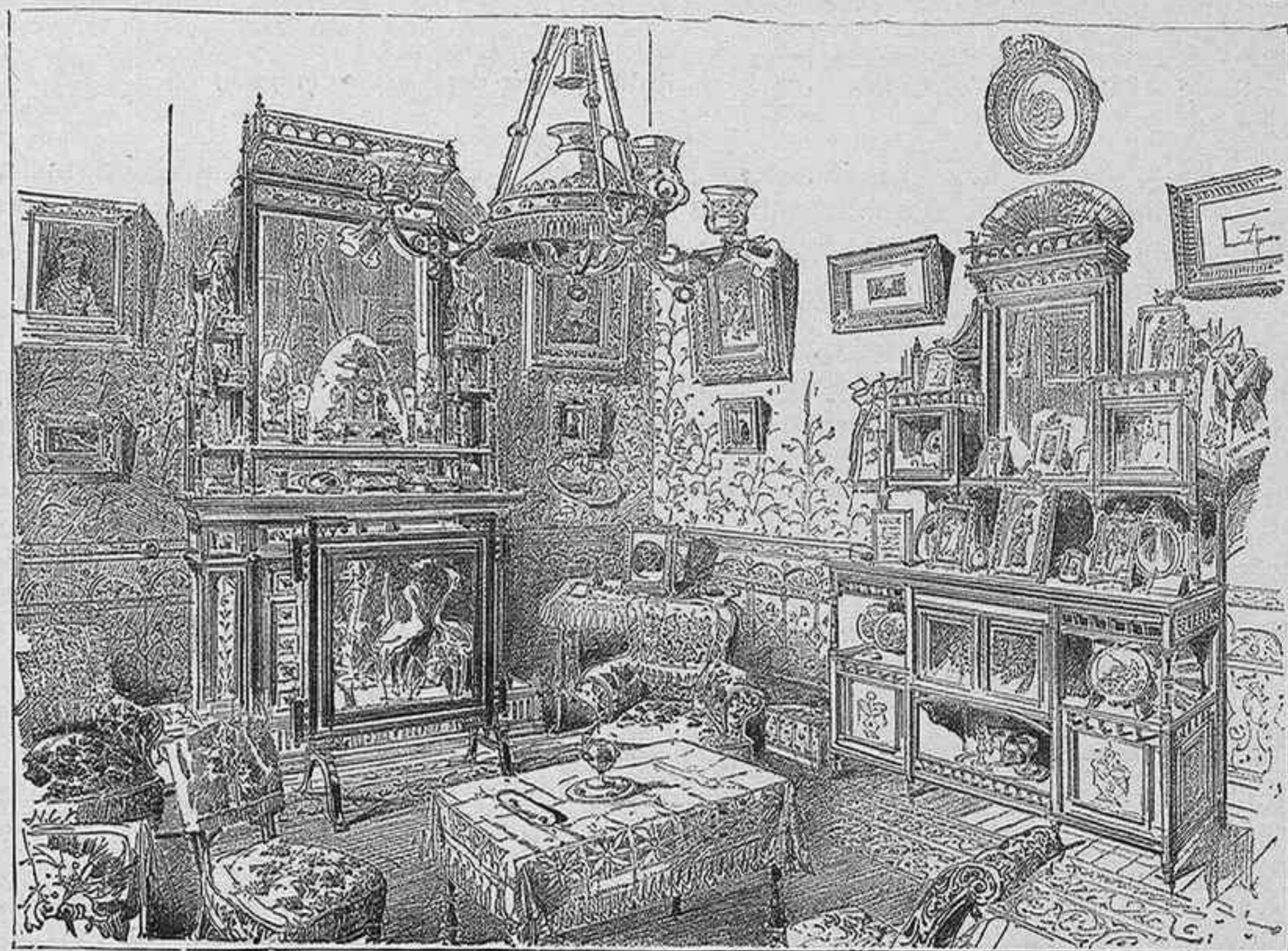
- Pasado mañana. De manera que el tiempo apremia y aquí me tienes hace quince días dirigiendo los trabajos y mandando batallones de tapiceros y de adornistas, como ha tiempo mandaba compañías de coraceros ó de húsares. ¿Y tú no piensas en casarte?

- Esa empresa no puede ser acometida por los pobres militares de misa y olla. No todos tenemos ¡ay! un tío cariñoso á quien se le ocurra morir y dejarnos, como recuerdo, un par de millones.

Llegó en esto el Jerez; lo paladeamos Carlos y yo como inteligentes en la materia; era legítimo: del propio Misa; ¡Misa de gloria!

- Es obsequio especial del cosechero, - dijo Carlos; - de esto nada viene á Madrid: casi todo se exporta para Inglaterra.

- ¡Pícaros ingleses! No merecen ellos esto para quitarse el mal gusto de sus endemoniadas cervezas. Ya tengo



GABINETE DE ADELINA PATTI

un motivo más para aborrecerlos... Pero sepamos... ¿Con quién te casas? ¿Es hermosa la novia? ¿es rica?... ¿es buena?

- Hermosa y buena es.

- Es suficiente: es lo principal. Aunque no estuviera de sobra lo de rica. En fin, para tí eso poco importa. Vamos, haces un matrimonio de amor.

- De agradecimiento.

- ¿Pues?

- La novela de siempre; novela que nos parece inverosímil hasta que nos acontece á nosotros: una caída del caballo; una herida grave; una enfermera, hermosa como los ángeles, que se nos aparece cuando recobramos el conocimiento y que después nos atiende con dulce solicitud, nos cuida con cariño, se duele con nuestros dolores, sufre con nuestros sufrimientos y que así, poco á poco, va apoderándose de nuestro corazón hasta que un día lo buscamos aquí, dentro del pecho, y nos encontramos con la novedad de que el inquilino ya no está en casa.

- Pero eso es toda una novela.

- Ya te lo había yo dicho.

- Y ¿dónde han ocurrido todas esas cosas?

- En Pozuelo.

- Pues qué, ¿has vivido en Pozuelo? ¡Buen país de pesca!

- Sí; accidentalmente. Hastiado, fatigado de la agitación de las grandes poblaciones; amargado mi espíritu por un desengaño amoroso que me había herido profundamente; sin hallar consuelo en esos amoríos fáciles de los bailes de máscaras; enfermo, en fin, de alma y de cuerpo, determiné hacer, durante algunos meses, vida de campo, casi salvaje. Mi tío poseía en Pozuelo una casa donde solía pasar el verano y allí me fuí.

- Y allí ¿vivía ella?

- Sí: vivía con su madre, en la casa inmediata. Vivían



INVERNÁCULO EN EL CASTILLO DE CRAIG-Y-NOS



HECTOR XIMENES, autor de la estatua de Garibaldi (premio del concurso milanés)



JOSÉ BRENTANO, autor del proyecto aprobado de la nueva fachada de la Catedral de Milán

en completo y absoluto retraimiento. Sin el incidente que me hizo conocerla, fácil es que ni aun nos hubiéramos saludado nunca.

— Pero, digas lo que quieras, es un matrimonio de amor.

— Lo es indudablemente; pero este amor que siento ahora no se parece en nada á esos amores vehementes, volcánicos, impetuosos que en otras ocasiones he sentido. María es para mí, más, muchísimo más que la mujer amada, es la señora que uno estima, la dama que uno respeta. No siento por ella esos arranques apasionados llenos de ardor que matan y que por otra he sentido; pero soy completamente feliz á su lado; necesito de su presencia para considerarme dichoso. Su mirada tranquila y pura, su sonrisa dulce, su voz cariñosa me transportan á vida completamente distinta de la que hasta hoy he vivido y parece como que responden á nuevas y más dignas aspiraciones de mi alma.

— Precisamente: nada, nada, clavado, el amor del marido. Todo eso significa que envejecemos, querido Carlos.

— ¿Que envejecemos?... Sea: no te lo niego; pero vamos á ver... ¿No envejeces tú del mismo modo?

— ¡Pchel!... Yo creo que sí. Por lo menos en otra época no me habría sucedido lo que hace pocos meses me ocurrió en París con una mujer...

— ¿Guapa?

— ¡Guapa! ¡guapa!... ¿Qué quiere decir guapa? Eso no es nada. Era hermosísima; divina, encantadora... El número uno de las mujeres hermosas.

— Bien ¿y qué?

— Nada... que esa mujer bellísima como una escultura griega, altiva como una emperatriz, candorosa como una niña de seis años (al parecer, por de contado), resultó luego una tal *Haydée Coralie*, aventurera vulgar, concurrente á *Mabille* y á *Folies Bergeres*, que había sido durante muchos años escándalo de las gentes más perdidas de la gran ciudad.

— Pero hasta ahora no me has dicho lo que te sucedió con esa *Coralie*.

— ¿Qué me sucedió? Casi nada. Sólo de recordarlo se me altera la bilis. Que la tomé por una virtud y la declaré por escrito, como un idiota, mi atrevido pensamiento... ¡No se reiría poco de mí la tal... individua!

— ¿Y ella?

— ¡Ella!... ella no me hizo caso. Calculo me tomaría por un bobo. Yo la perseguía constantemente; ella huía constantemente de mí.

— Pero si concurría á *Mabille* y á *Folies Bergeres*... bien pudiste hablarla en esos sitios.

— Te diré, te diré: yo no supé esto hasta mucho tiempo después. Además yo no podía presentarme muy descaradamente en sitios públicos de París; viajaba de incógnito: estábamos conspirando.

— Eso; conspirabas persiguiendo costureras y cancanistas.

— Hombre, no quita lo uno á lo otro. Si para todo hay tiempo de sobra. Además, ya te lo he dicho, yo no sabía que aquella hermosa mujer, que me traía desesperado, fuese una cancanista.

— ¿Y cómo supiste?

— Pues verás. *Coralie* nunca salía sola. Una tarde en que casualmente la encontré sin una mujer que, de ordi-

nario, la acompañaba, me acerqué á ella. La hablé en francés, la hablé en castellano, la hablé en italiano; como si la hubiese hablado en ruso ó en sanscrito. Le pregunté... qué sé yo lo que pregunté. Ella guardó profundísimo silencio y sólo advertía yo que era oído porque cada vez aceleraba más el paso. De pronto advertí que, con disimulo, dejaba caer en el suelo algo que á mí me pareció una carta. Me bajé á recogerla: era una tarjeta en que estaban escritas estas palabras: *Haydée Coralie, couturiere*. — Rue (no recuerdo cuántos). Cuando volví á mirar, la costurera había desaparecido. Aquella noche misma los amigos del café á quienes mostré la tarjeta me enteraron de quién era mi ídolo y de toda su vida y milagros... ¡Buena muchacha! Pero así y todo era muy guapa, y si yo hubiera sido joven todavía, te aseguré que no se hubiese divertido conmigo, como lo hizo... Pero, muchacho, con una y la otra me olvidé de que tengo el tiempo tasado. Te agradezco el almuerzo y más aún este buen rato y te dejo.

— Hombre, me ocurre una idea magnífica.

— Venga la idea.

— ¿Por qué no eres testigo de mi boda?

— Imposible.

— Si es la cosa más sencilla del mundo.

— Para tí, sí; pero no todos somos iguales. Yo he de pasar mañana la revista en Valladolid. Te prometo que al día siguiente de la boda, vengo á darte mil parabienes y á que me presentes á tu María.

— Está dicho.

Cumplí mi palabra. Yo había querido mucho á Carlos, que era excelente muchacho y amigo como ya hay muy pocos, y á la primera ocasión aprovechable torné á Madrid y me presenté en su casa.

Carlos me recibió con los brazos abiertos; era, según me dijo, completamente feliz: su mujer le quería con delirio... y... — Voy á presentártela, — dijo poco después.

Y me la presentó efectivamente; ¡ojalá no me la hubiese presentado! Cuando la ví estuve muy á punto de dar un grito, por fortuna logré dominar mi emoción; pero me despedí cuanto antes y no he vuelto á su casa. En la mujer de Carlos, en *su María*, como él la llamaba, reconocí á *Coralie couturiere*.

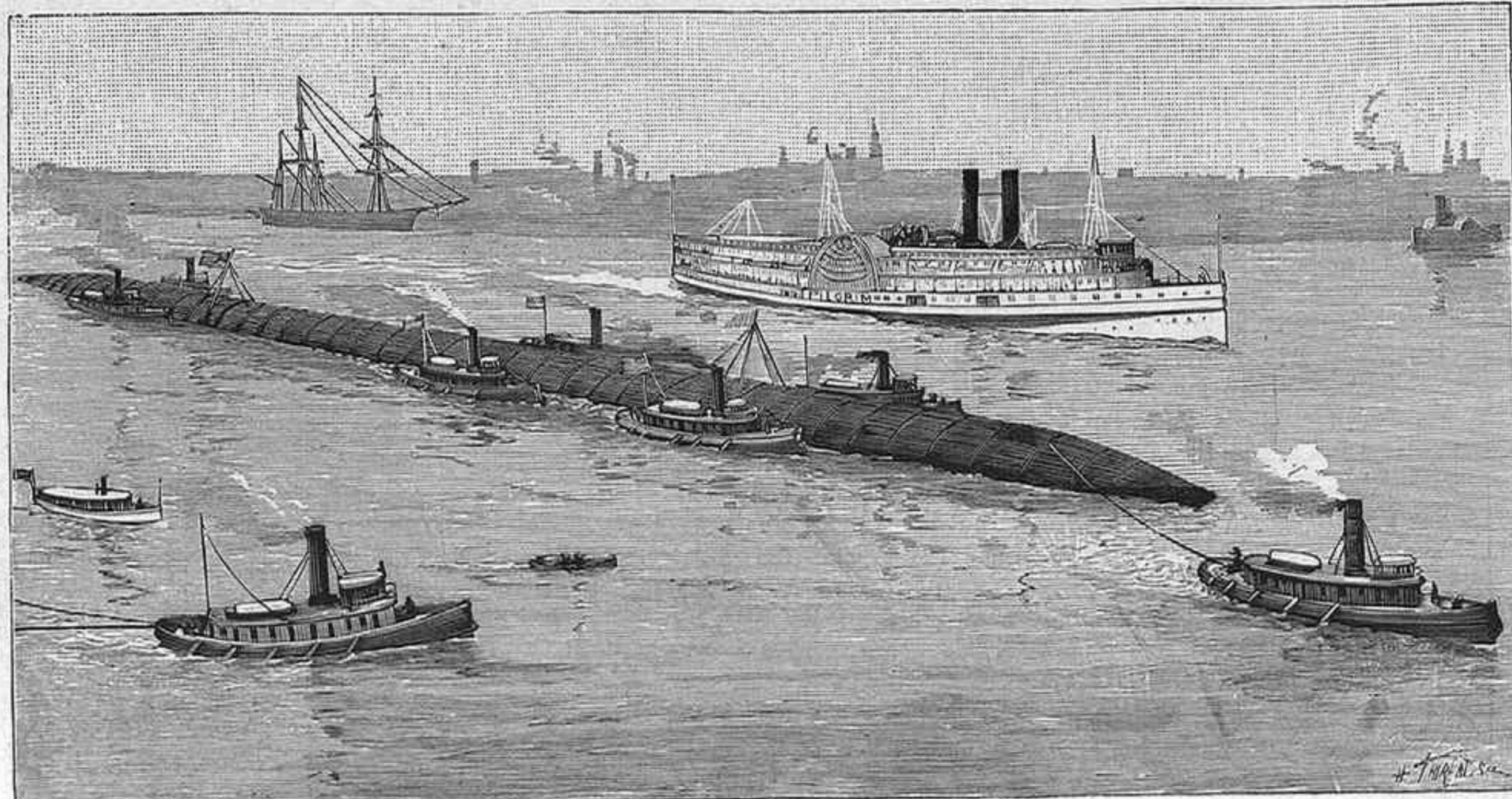
A. SÁNCHEZ PÉREZ

TRENES DE MADERAS FLOTANTES TRANSPORTADOS POR MAR. — Los negociantes de maderas de Nueva York habían intentado una empresa extraordinaria, consistente en transportar por mar una enorme armadía de 27000 troncos de árboles remolcada por vapores; pero una tempestad hubo de malograr el ensayo.

No se desanimaron por eso los negociantes y al fin lo han repetido con éxito satisfactorio. En efecto, el 11 de agosto del corriente año, un tren colosal de maderas hacía su entrada triunfal en la rada de Nueva York, procedente de Nueva Escocia, á 11000 kilómetros de distancia.

El tren ó armadía, tenía la forma de un huso con una longitud de 181<sup>m</sup>,50; 16<sup>m</sup>,75 de latitud, y 11<sup>m</sup>,60 de profundidad. En su centro medía 45<sup>m</sup>,75 de circunferencia y conservaba esta misma dimensión en una longitud de 120 metros, estrechándose gradualmente los extremos hasta 14<sup>m</sup>,50 de circunferencia.

Una enorme cadena, hundida en la construcción, atravesaba el sistema en toda su longitud, dando salida por sus extremos á los ramales de remolque. Los 20000 troncos que formaban el tren, estaban sujetos por cinturones paralelos, que estrechaban poderosamente el conjunto, y se componían alternativamente de cadenas de hierro y cables de acero. Gracias á estas precauciones la masa podía resistir los embates de la mar y acaso una tempestad. Pero por fortuna, el buen tiempo favoreció la empresa.



Llegada del tren de madera de Joggins á East-River

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria  
BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN